

# EL CENTINELA

## DEL EJÉRCITO, MARINA Y GUARDIA NACIONAL

### PRECIOS DE SUSCRICION

EN LA REPÚBLICA	EN EL EXTERIOR
Por mes . . . . . 0.50	Por mes . . . . . 0.60
Por trimestre . . . . . 1.40	Por trimestre . . . . . 1.60
Por semestre . . . . . 2.60	Por semestre . . . . . 3.10
Por un año . . . . . 5.00	Por un año . . . . . 6.00
Número suelto . . . . . 0.10	

Clase de tropa: 0.20 mensual

### SE PUBLICA LOS JUEVES Y DOMINGOS

por la Imprenta á vapor y Encuadernacion del "Laurak-Bat"

CALLE 25 DE MAYO, núm. 75

### ADMINISTRACION:

CALLE 25 DE MAYO, núm. 75!

Entre Perez Castellanos y Maciel

### Permanente

Quedan abiertas las columnas de esta publicacion, para todos los Sres. Jefes y Oficiales del Ejército, Marina y Guardia Nacional que deseen defender sus intereses y trabajar por su engrandecimiento.

Todo escrito debe ser firmado por su autor, aun que para su publicacion se adopte un pseudónimo.

### PRIMERA SECCION

#### Educacion del Ejército

Si fuera posible presentar diariamente ante la vista del público, de ese público que solo juzga por sus propias impresiones, el admirable espectáculo que presenta el dormitorio de una tropa acuartelada, á la hora en que reciben los soldados las lecciones de penas militares y deberes de cada clase en los diferentes actos del servicio; cuántas preocupaciones habrían de desvanecerse, cuántos perjuicios borrarse, y cuán distintas, como en su error las cree, aparecerían entonces á los ojos del público, esas gerarquías militares, objeto de una crítica vulgar que solo les concede, con harta injusticia, el desden y la aspereza como cualidades predominantes, ya que no exclusivas!

El Oficial, cuando ejerce ese modesto, á la par que sublime magisterio, es más digno de elogio que al realizar actos de sereno valor. Convertir los deberes del ciudadano para con la patria en virtudes militares: hé ahí la primera, la más difícil; pero también la más grande misión de todas las reservadas al Oficial. No merece serlo el que así no la comprenda, la descuide ó la desdeñe. Nunca será excesivo su celo en este punto, ni sobrada la diligencia, ni extremado el interés, aunque la recompensa haya que buscarla solo en esa region elevada y pura donde se aprecia el bien por el bien mismo.

No basta el trabajo material del instructor para estimar como cumplido el deber, por rudo, persistente y prolongado que aquel sea. Es indispensable que el soldado sea para él algo más que una máquina de movimientos precisos, automáticos y acompasados. A lo sumo, será esto únicamente el efecto físico que debe exigir á la materia, aprovechándola como agente mecánico. No es, no puede ser más que una parte de la enseñanza, y no la principal, en verdad, por importante que parezca.

Así como el cuerpo ha de acostumbrarse á las posiciones correctas, á los giros rápidos y uniformes, al continente marcial, á equilibrar las encontradas fuerzas que residen en todo organismo humano, y la cabeza á erguirla con altiva magestad y las manos al airoso saludo, revelacion constante de respeto ó cortesía, al fácil manejo del arma ó diestro juego de las riendas que rigen á noble animal, y los pies al paso á medida y la vista á la certera apreciacion de las distancias, y el oído á los rumores más insignificantes; así también, el corazón del soldado ha de sentir con entusiasmo el amor á la patria, su voluntad ha de manifestarse convencida del deber que tiene de defenderla, su inteligencia ha de apreciar con toda intensidad hasta que supremo extremo le obliga este deber, y en su conciencia, ha de resolverse á cumplirlo de un modo libre, espontáneo, profundo inalterable y sublime.

Comprende, pues, en vista de esto, cuán alta é importante es la misión del oficial como maestro del soldado. Apreciar su tarea como limitada á la práctica de los ejercicios puramente prácticos, al programa rutinario de una reducida cartilla de insignias, voces, saludos y honores: por trascendental que este se estime, es, sin embargo, empequeñecer su propio papel, es desconocerlo y humillarlo.

Con razon decía un reputado escritor militar que el arte de la guerra es un arte sublime, en el que es preciso hacer entrar á la vez el mundo físico y el mundo moral. Nunca, jamás llegará el hombre, impulsado por el temor, hasta donde irá impulsado por la fuerza de sus convicciones, por la exaltacion de sus sentimientos dignos, por el espontáneo impulso de su deber.

De poco servirá que firme un compromiso sino se le explica lo que es la patria en aras de cuya grandeza y prosperidad promete sacrificarse, y no se le hace entender que él está allí, no por capricho injusto ni por crueldad infame que le arrancan de su hogar, antes bien, por sacratísima obligacion que debe enorgullecerle, pues que se le considera digno de cumplirla.

Poco importará que un día y otro día, el precepto escrito de la ordenanza llegue, cual insulsa letanía á su oído, por la monótona voz de un cabo, de trato poco decoroso, encareciéndole la necesidad de la obediencia, del valor y de la exactitud en el servicio, si una sencilla, pero convencida palabra, no le demuestra que esa obediencia, lejos de ser un yugo, aborrecible cadena, tiránica dominacion, es firmísimo asiento de la independencia nacional, firme garantía de la libertad de sus conciudadanos y de la suya propia y condicion indispensable para el orden social, sin las cuales no son posibles ni la civilizacion ni el progreso; que el valor de que se le habla no debe traducirse por brutal acometida al primer rostro que, causándole antipatía, le inspire deseos de quimera, porque ha de vivir dentro de las leyes, y doblemente obligado á respetarlas, ni menos por el escandaloso desorden que sigue al maton de oficio como vergonzoso cortejo, que acarrearía el descrédito del uniforme: sino que el valor ha de entenderlo como la revelacion más cumplida de la dignidad humana, la cual acepta la muerte, antes que la deshonra, en términos que hasta las madres prefieren llorar sobre la tumba de un héroe, á vivir sonrojadas al lado del ser despreciado y envilecido por la cobardía; que la exactitud, en fin, que le obliga á vivir diligente, al par que le enseña á mirar el tiempo como causal que, una vez perdido no se recupera, tiene por objeto, no ya mortificarle por lujo de molestias, y sí, buscar la armonía, el concierto y la eficacia para el alto servicio que presta al país la institucion de que forma parte, evitando por tal medio graves perjuicios, mayores y generales trastornos y catástrofes innúmeras.

Educar al soldado haciéndole solo ver en las faenas militares una carga transitoria á la que ha de resignarse por fuerza más que de grado, especie de tributo animal que no requiere el concurso de una voluntad y de una inteligencia libres para concederle, bastando entregar su cuerpo á manos que lo cubran con prendas de uniformes, le cuegan areos militares y lo manejen como á un maniquí, es matar el espíritu y, sin espíritu militar, no hay, como no ha habido, como no habrá jamás, ejército digno de tal nombre.

Hay que buscar en el fondo del alma para despertar allí sentimientos adornecidos, ó jamás explorados antes, para que sea posible exigir, no la limitada cooperacion que inspira el precepto escrito, sino aquella otra fecunda y apta para los grandes efectos nacidos al calor de ideales hermosos y de una viva pasión nacional. Solo por este medio se obtienen en el soldado hábitos de verdadera, de íntima obediencia; de sincero y cariñoso á la par que profundo respeto; de sólida disciplina; de maravillosa constancia. Solo de ese modo se logra desarrollar en él esas admirables cualidades calificadas justamente de virtudes militares, que llevan al hombre con gozo á las más heroicas resoluciones, y convierten en fáciles los más extremados sacrificios. Solo inspirados por ellas se soportan grandísimas privaciones sin exhalar una queja, se acostumbran, como quería Plutarco, el alma al dolor, y el estómago al hambre, se sufren inmensos trabajos con viril resignacion y se arrostran graves peligros sin que el ánimo vacile ni desmaye su entereza.

Solo así la garganta, encuentra menos abrasadora la sed, y los pies menos áspero y largo el camino, y el pecho menos pendiente la difícil subida, y el hombre menos causado el peso del fusil, y menos intenso el frío ó asfixiante el calor, el cuerpo todo. Solo así es posible que durante la noche espantosa que sigue al horrible día de desastres, las horrendas sombras acompañadas del fragor de la tempestad, las torturas misteriosas del espíritu, los terribles padecimientos del cuerpo, la cruenta carnecería, el eco formidante de la desgracia, no sean obstáculos que impidan cavar dentro de aquellas almas agitan-

tadas por la lucha y hallar el filón más rico de sus tesoros, y, entonces, se ven aquellos hombres, elevados por su propia grandeza, á la talla de los héroes, iluminados por la luz de una apoteosis que los transfigura, salvar con un esfuerzo supremo, con ese esfuerzo que parece romper el pecho, la honra de la patria, llevando sobre la frente, al volver á sus hogares, la marca colosal de sus prodigios.

Si, el solo espíritu militar puede realizar tan altos hechos. Se comprende, pues, cuán necesario, cuán salvador es educar al soldado en esa generosa y fecunda escuela. El oficial no debe estimar como tarea enojosa esta parte, la principal de su cometido. Debe, por el contrario, elevarse de los efectos á las causas, para inquirir así cual ha de ser la norma elevada é inalterable á que ha de ajustar rigurosamente su conducta.

Por otra parte, ha de tener presente la época en que vivimos. No debe olvidar que esos soldados que desfilan ante su presencia con mayor ó menor lentitud, al volver á sus hogares forman un elemento cada vez más robusto, y cada vez más importante de la opinion ¡Ay del prestigio de la institucion militar, si esa opinion, siempre en aumento, lleva por ajenos descuidos ó por pequeñez de miras á los que contribuyan á formarla, un equivocado concepto de aquella y un recuerdo amargo del tiempo en que los soldados de la patria no fueron otra cosa que montones de carne humana pisados por las calles al ruido del tambor!

### CABO DE CUARTO

#### Máquinas de guerra

Se ha dicho que los pueblos que quieren gozar de los beneficios de la paz deben hallarse preparados para la guerra.

No importa tal aseveracion la necesidad de que una nacion tenga perennemente en pie de guerra un número de soldados mayor que el necesario para acudir en todo momento á cualquier disturbio interno que pudiera producirse. Cuando peligros externos no amenazan la integridad de la patria y ésta se engrandece al amparo de la paz, es evidente que recargar al erario público con el mantenimiento de fuerzas innecesarias sería, no solo infructuoso, sino perjudicial á los intereses generales.

Pero es que la proposición del principio, que no sería cierta, encerrando la cuestion bajo esa faz, tiene otro espíritu que la convierte en una profunda verdad.

Hallarse preparado para la guerra es también conocer los medios más perfeccionados de hacerla en el momento en que ella se haya hecho imprescindible. Tiene este punto tan capital importancia en el arte moderno, que es él el único factor capaz de equilibrar á otros dos tan poderosos como el valor y el número.

En las naciones de la vieja Europa, cuyos antagonismos políticos mantenían en perpetuo recelo á una de otra, viendo cada una en su vecina la espada de Damocles suspendida sobre su cabeza, se persigue de tiempo atrás con ahínco el perfeccionamiento de las máquinas de destruccion.

No estamos, por fortuna, en época de devanarnos los sesos con problemas análogos. La tranquilidad de la República es excepcional, y los que nacen en este suelo como los que vienen á él al amparo de sus leyes y bajo la promesa de su fecundidad, conjuntamente se preocupan solo de prosperar por el trabajo que se les ofrece amplio y generoso en todas partes y en formas diversas.

Pero, á pesar de esto, establecido como está que la guerra es para un pueblo el más necesario de los males, y que es ineludible á veces; no debemos permitirnos desatender á los progresos que hace su arte en el viejo mundo. Los derechos son más respetados siempre cuando hay conciencia de la fuerza del que los defiende.

La infantería francesa acaba de ser dotada con el fusil Lebel, que á estar á lo que han dicho sobre él numerosos periódicos serios de Francia y de otras naciones, tiene muchas ventajas sobre todas las armas conocidas hasta ahora. De manejo fácil, liviano, de tiro rápido, de alcance superior á los demás y debido á la pólvora especial que forma el cartucho, sin humo y casi sin ruido, vendría á ser una máquina de destruccion temible.

Conocidos son también los esfuerzos que el mortal enemigo de la Francia, Alemania, ha hecho por descubrir el secreto de ese invento, lo que hace suponer que haya tenido noticias de que el fusil en cuestion es realmente ventajoso como lo han pintado.

Una descripción bastante completa del arma parece haberse dado por conducto del Ministerio de la Guerra de Francia cuando varios diarios de París han censurado esa imprudencia, opinando que ella bastaba para hacer posible su construccion en el extranjero.

En la marina, otra revolución de no menor importancia se ha producido.

El torpedero submarino «Peral» en España y el «Gimnot» botado al agua en Tolon, el mes pasado, parecen haber dado una solución largo tiempo buscada.

Por muchas que puedan ser las exageraciones que debidas al apasionamiento del patriotismo pueda haber en estos adelantos, es incontestable que nosotros tenemos tanto interés como cualquier otra nacion en seguirlos y estudiarlos á fin de saber la parte útil que pudiéramos explotar en la actualidad ó en el futuro.

Necesitamos llamar la atencion del Ministerio de la Guerra sobre ellos que estamos seguros no los habrá tenido en vista. Afortunadamente tenemos hoy militares en gran número que se dedican al estudio de estas cuestiones científicas y que tratan de estar al cabo de tan importantes reformas para adaptarlas al país en caso que é éxito las consagre como un verdadero adelanto.

En tanto que el país prospera con los frutos de la paz y ninguna nube oscurece los horizontes de su política exterior, los encargados de velar por él cuando pelagra su existencia, tienen hechos como los citados que reclaman su atencion á fin de que en el momento oportuno puedan ser más eficaces sus esfuerzos.

Nosotros no estamos en el caso, ni tenemos los elementos precisos para desvelarnos en inventar ó perfeccionar máquinas de guerra; pero es un deber en nuestras autoridades militares superiores y en nuestros futuros oficiales de escuela seguir su perfeccionamiento paso á paso, ya que la civilizacion moderna no ha logrado aún desgraciadamente suprimir esos progresos por innecesarios.

P.

### Sociedad Militar de Socorros Mútuos

A continuacion damos la nómina de las personas que se han suscrito como socios, y, semanalmente, haremos conocer los que ingresen como tales:

Teniente General	D. M.ximo Tajés.
Coronel	» Pedro De Leon.
»	» Santos Arribio.
»	» Ignacio Madriaga.
»	» Enrique Kieffer.
Sargento Mayor	» Cipriano Herrera.
Capitan	» Victoriano Varela.
Teniente Coronel	» Gaudioso Robledo.
Capitan	» Leon Solano.
Sargento Mayor	» Telémaco Braida.
Coronel	» Martin Souberán.
»	» Carlos Lacalle.
Teniente Coronel	» Alfredo Trianon.
Capitan	» Pablo Olivencia.
Sargento Mayor	» Juan Turenne.
Sub-Teniente	» Luis Cánepa.
Coronel	» Ventura Silveira.
»	» Salvador Tajés.
»	» Bernardo Dupuy.
Sargento Mayor	» Miguel Silva.
Capitan de G.G.NN.	» Pablo Zufriategui.
Coronel	» Eduardo Dubroca.
Sargento Mayor	» Gualberto Doyaga.
Teniente Coronel	» Juan M. Villar.
Sargento Mayor	» Alejandro Montautti.
Teniente 1.º	» Inocencio Guerra.
Teniente 2.º	» Emilio Guiffra.
Coronel	» Juan M. de la Sierra.
»	» Pedro Gullorda.
»	» Juan J. Gomensoro.
»	» Bernabé Herrera y Obes.
General de Division	» Pantaleon Perez.
Coronel	» Sebastian Solsona.
»	» Osvaldo Rodriguez.
»	» Rosendo Sosa.
»	» Julio Muró.



Coronel	Don Leandro Sandoval.
	Valentin Martinez.
	Esteban Martinez.
	Nicolas Bardas.
	Manuel Aguilero.
Teniente Coronel	Antonio Marquez.
	Antonio Pedemonte.
	Faustino Lopez.
	Américo Fernandez.
	Mauricio Canelo.
	Eugenio Toledo.
	Juan Rodriguez.
	Justo Suarez.
	Sisto Rodriguez.
	Rafael Erasquin.
Sargento Mayor	Esteban Pollo.
	Tomás Amati.
	Eduardo Sarmiento.
	Cesario Martinez.
	José Villegas.
	Rufino Lopez.
	Lauro Latorre.
	José M. Lorenzo.
	Eduardo Pedemonte.
	Lopo Bolani.
	Atilio Pigurina.
	Eduardo Diaz.
	Lauroano Herrera.
	Nicasio Orellana.
Teniente Coronel	Marcelo Orellana.
Capitan	Miguel Palomique.
Sargento Mayor	Tránsito Lopez.
Capitan	Juan J. Rovira.
	Bernabé J. Torres.
	Francisco Maldonado.
	Miguel Vigo y Maeso.
	José M. Dópic y Rodriguez.
	Antonio B. Martorell.
	Félix Toledo.
	Olegario Santiago.
	José Fernandez.
	Francisco García.
	Sebastián Castillo.
	Sisto Ortiz.
	Luis Deal.
	Eusebio Maelo.
Sargento Mayor	Primitivo Larro.
Ayudante Mayor	Martin Ainzua.
Capitan	Duburi Suarez.
	Rufino Riestra.
Teniente 1.º	Roberto Rodriguez.
	Sisto Perez.
	Juan J. Isasmendi.
	Manuel J. Lopez.
	Eduardo Avego.
	Angel Coronel.
	Pedro Palacios.
	José Gonzalez.
	Desiderio Arenas.
	Juan M. Barriola.
	Santiago Barceño.
	Pedro Fernandez.
	Arturo Velasco.
Sub-teniente	Alfredo De Leon.
	Adolfo Larragaitia.
	Eduardo Reimbaum.
	Muro R. de Nava.
	Arturo Avego y Massera.
	Nicanor de San Vicente.
	Francisco Andreu.
	Juan Belizón.
	Zenon de Tezanos.

(Se continuará).

## POLITICA ESPAÑOLA

**Apertura de las Cortes.**—La elección de la mesa presidencial.—El Gobierno y las oposiciones.—Cámaras del Congreso.—El espectro del militarismo.

En cumplimiento del real decreto de convocatoria, las cortes españolas se han abierto el 30 del mes pasado. No ha sido, ciertamente, muy afortunado el gobierno en el comienzo de esta cuarta legislatura, porque la mayoría del congreso de los diputados, ha hecho sus escarceos de indisciplina en la primera sesión, sin duda para no perder el tiempo ni la costumbre. Trábase de la elección de la nueva presidencia. Habíase acordado dos días antes una candidatura completa para todos los cargos, sin que la reunión preparatoria en que se designó, nadie protestara ni demostrara el más leve disenso. Sin embargo, no era necesario ser muy dcho en achaques parlamentarios para conocer que la candidatura no había satisfecho sino a los favoritos, ni para persuadirse de que, como se diría parodiando al poeta latino, *la culpa se movía entre los matronas*.

Los consejeros deliberantes, en España, como en todos los pueblos donde funciona el régimen constitucional, tiene la epidemia colectiva—páresele la licencia muy irritable—y sienten el cosquilleo como si fueran mujeres nerviosas. Gusan de ser dirigidos, pero también, como las mujeres, renuncian más fácilmente al ejercicio del poder que a las apariencias de la observancia. Soportan que los gobiernos, baste su voluntad con tal de que tengan bastante tacto para fingir que hacen la de ellos, del mismo modo

que las buenas esposas se someten hasta a los caprichos de sus maridos, cuando éstos son lo suficientemente hábiles para hacerlas creer ó para que los demás lo crea—con lo cual las pobres se satisfacen—que siguen sus inspiraciones. Forzoso es confesar que en la ocasión presente, el gobierno ha prescindido algo de este sistema contemporizador, tan útil en la dirección de un estado como en el hogar doméstico. La candidatura para vice-presidente y secretarios del congreso, hastinó por alguno de los hombres que en ella figuraban, la susceptibilidad de la mayoría que creyó ver una imposición extraña á los mismos descomunalistas, en la designación hecha.

Empezóse á decir, no sé si con fundamento ó sin él, que había pesado para presentarla en el ánimo del gobierno, la influencia del señor Montero Ríos y como la persona á quien se creía patrocinada por él, no reunía ninguna de esas condiciones que acallan todos los escrúpulos y apaciguan todas las ambiciones, aun las más legítimas, no era difícil prever que lo que comenzó en murmuraciones acabase en rebeldía. Y así fué, en efecto: el día de la votación el congreso apareció tranquilo; pero el observador menos discreto podía notar que bajo la mansa superficie de aquel mar parlamentario, se revolvía sordamente las olas. Por donde quiera se veían corrillos que cuchicheaban, diputados inquietos que iban, venían y que de pronto se presentaban en el salón de conferencias, hablando en voz baja con alguno de sus colegas y pasándole amorosamente la mano por encima del hombro, con la actitud del que solicita ó halaga. Los candidatos andaban circuncidados, las oposiciones contentas, aunque contentas por la prudencia para no provocar la reacción en la mayoría perturbada, y los nuevos con cara de pascuas, ignorando seguramente lo que acontecía, porque es proverbial que los gobiernos, como los maridos burlados, son siempre los últimos que lo saben. De odio lo cual resultó lo que debía resultar: una confusión inmensa; la necesidad de proceder á segunda elección, porque en la verificada, fuera del pabellón de la presidencia, ninguno de los demás estuvo mayormente absorta, y como consecuencia de este embrollo, que la oposición en su interior, á pescar á río revuelto la segunda vice-presidencia y la segunda secretaría que el candidato ministerial contra quien se habían desencadenado todos los odios, se salvase en una tibia—solo por tres votos—del lamentable naufragio y que fuese derrotado, pagando los vidrios rotos como dicen en Castilla, sin comerlo ni beberlo, el único por quien personalmente había interesado el presidente del consejo de ministros. El suceso, en realidad, no tiene importancia política; ninguna corriente de ideas, ni de intereses, más ó menos apartada de la general de la mayoría, ha sido la causa originaria de él, y puede afirmarse con toda certidumbre, que en esta algarada se ha alterado el orden de formación, pero no la armonía de las hereses ministeriales. El caso es, sin embargo, desagradable para el gobierno, porque ni en las cosas pequeñas es conveniente que sufra menos la autoridad del poder ejecutivo, y además, porque la segunda vice-presidencia, recaída en un miembro de la oposición, puede ser causa sino de peligros graves, por lo menos de muchísimos conflictos. Si el presidente del congreso cayese un día enfermo y por cualquier motivo el vice-presidente primero no pudiese asistir á la cámara ó llegara tarde, privándose por derecho propio el individuo de la minoría conservadora, y dándole el temperamento belicoso que en ella predomina como reo de las groserías bilbes de Zaragoza, Sevilla y Madrid, podría muy bien el ministerio correr más de una borrasca, entregada sin defensa ni piloto á las olas y á los vientos desastrosos del congreso.

Pero descartado este incidente, que á mi entender los adversarios de la situación actual han juzgado con alegría demasiado pueril y tantas de resaca los debates que á los tres días se abrieron las cortes han surtido, procede pasar revista, para apreciar mejor los hechos, á las fuerzas beligerantes que han comenzado á medir sus armas con las del gobierno.

Figura en primer lugar, por su importancia numérica, la oposición conservadora, ó mejor dicho, el señor Cánovas del Castillo, porque él, con la misma razón con que Luis XIV decía: «el estado soy yo» puede decir también: «yo soy todo el partido.» El señor Cánovas del Castillo es un hombre eminente: y una de las glorias más legítimas de España. No porque yo milite en parcialidad de contraria á la que capitanea este ilustre hombre de estado. Ha de llevarme la pasión hasta negar las dotes de inteligencia y los altos servicios del varón insigne á quien bastaría para su gloria, aun cuando otros méritos no tuviera, el sentido generoso, amplio y expansivo que imprimió en los primeros momentos, siempre los más difíciles, á la restauración monárquica. Por otro lado, cualesquiera que sean las cuestiones que nos dividan, la grandeza de nuestros repúblicas á toda la nación honra, y es, á mi juicio, ruin y antipatriótico el intento de rebajar por espíritu de bandería, la talla y el renombre que ellos legítimamente han adquirido. Puedo no estar de acuerdo con sus opiniones;

puedo combatir su política; pero mientras se inspiren en móviles honrados, lo haré sin odio y los juzgaré con respeto para contribuir, siquiera en la parte humilde que á mí me corresponda, á temblar la pasión intrasigente é insensata que á tan sangrientos extravíos nos ha arrastrado en lo que va del siglo.

Hombre de acción, hombre de palabra, y hombre de doctrina, el señor Cánovas del Castillo, no solo dirige á su partido en el campo de batalla, no solo es un verbo más elocuente, sino es el definidor de su dogma. La vida agitada de la política, que aparta con violencia á muchos personajes eminentes de la tranquilidad del estudio para precipitarlos en la arena de la lucha, no ha distraído al señor Cánovas de sus antiguas aficiones literarias, antes bien, diríase que le ha fortalecido en ellas, y ha encontrado tiempo en medios de los árduos cuidados que le cercan, para leer, para meditar, para acersarse, en fin, á las múltiples corrientes de su época, en el orden científico, en el artístico, en el filosófico, y para explorar como viajero curioso, los dos caminos por donde siguen su marcha progresiva la inteligencia y la actividad humana. No conozco en España espíritu más nutrido de ideas que el suyo.

No hay problema que le halle desprevenido, ni discusión para la cual no está preparado. Pueden sus juicios ser acortados ó erróneos, pero nunca baldíos. En todos ellos hay instrucción vastísima, profundo conocimiento de la materia juzgada y abundante doctrina, y, sino fuera porque frecuentemente le trastornan el sentido estrictamente conservador á que le inspira, habría pocos entendimientos más abiertos que el suyo al torrente invasor de las ideas modernas. En la ciencia, analiza y penetra; pero las resiste también con tenacidad que le confunde muchas veces con la convicción, aunque á menudo no lo sea. Enamorado de su ideal sistemático, casi le trabajo aceptar nada que le contradiga, ni en la ciencia, ni en la forma. Su razón vive en perpetua pugna con su dogmatismo; porque si bajo el peso de la argumentación ó bajo la brutalidad del hecho, el cual, bien considerado, es casi siempre el raciocinio que con cuerpo, el señor Cánovas del Castillo es capaz de convenecerse, no le es tan fácil allanarse; de suerte que cuando por la fuerza de las circunstancias se ve obligado á ceder, quisiera ocultárselo aun á sí mismo.

Ríjido, autoritario é imperioso, hasta donde se lo consienten los principios constitucionales que sinceramente profesa, mantiene á su partido en las reglas de la más severa disciplina y no permite á sus adeptos el menor desviamiento de la línea de conducta que él les traza.

El señor Illaizy, uno de sus amigos más íntimos, se atrevió en cierta ocasión á contrariar le en una cuestión dada, y al día siguiente publicó su destitución en *La Gaceta*; el señor Alvar Bruguill, que fué después ministro de gracia y justicia, tuvo la osadía de separarse de él en un punto concreto, y casi le expulsó del gremio de los fieles; finalmente, el señor Romero Robledo se aventuró á juzgar con alguna independencia de crítica la actitud en que su jefe se colocó á raíz de la muerte del rey don Alfonso, y el señor Cánovas del Castillo le trató con tan soberano desdén que hizo imposible toda tentativa de avenencia. De esta manera, á pesar de que en la hueste conservadora, militan hombres de tanta valía, como don Francisco Silveira, cuya elocuencia fría, aguda y mortífera como una espada envenenada, no tiene rival en nuestro parlamento, el conde de Toreno, que sin ser orador notable, se distingue por la serenidad de su juicio y por el buen sentido, Cosgaya, el marqués de Molins, el ilustre jurisconsulto don Francisco de Cárdenas, y otros muchos que fuera prolijo enumerar, conserva el orden más perfecto y la opinión más absoluta en las filas que acudilla y puede decirse, como he manifestado antes, con plena convicción de su fuerza, que él es por su carácter, por su ciencia y por el vigor de su palabra, *todo un partido*.

No debo, en verdad, sobrestimar dotes físicas á la naturaleza; pero cuando escucha la tribuna parlamentaria se transfigura entonces su fisonomía nerviosa, y es móvil como la fronda de un árbol, se anima y se seren al mismo tiempo. Su voz vigorosa, quizás algo monótona, pero vibrante, expone por los ámbitos del salón de sesiones sus períodos amplios y rotundos, en los cuales palpitan, relampagueando, la intención y la ironía. Dueño siempre de sí mismo, no dice más que lo que quiere decir, y aunque parece en algunos momentos que le arrebatan su vehemencia meridional, no hay miedo de que le precipite, porque el calor está más en la voz que en el pensamiento. Dialéctico sutil, ayudado por la sólida instrucción, construye cuando le hace falta, una teoría sobre la punta de una aguja, ó si es menester, en el aire; pero con tal artificio, que llega á deslumbrar al auditorio, dando aspecto de realidad hasta que la fascinación pasa, ó lo bien mirado no es más que una nube efímera ó vana sombra.

En su trato social es amabilísimo, y esto explica el afán con que las damas buscan su conversación, Epigramático, ocurente y siempre intencionado, su concepto va el espante y gra-

cioso, al fin que se propone. No siempre destila miel sus labios, porque con mucha facilidad sale de ellos dichos corrosivos, sobre todo cuando la pasión política le caldea, porque entonces el sarcasmo más acerbo brota á raudales de su boca, hasta el punto de que puede afirmarse que su mordacidad ingratificante le ha suscitado más enemigos que la misma envidia molestada por la superioridad de su talento.

Me he detenido quizá más de lo conveniente en el retrato del señor Cánovas del Castillo, alma y nervio del partido conservador, porque sin género alguno de duda es el enemigo más formidable que tiene el gobierno actual en las filas de la oposición. Ni la minoría republicana, disuelta hasta el atomismo, ni la voluntad hostil del general Lopez Dominguez, á quien separa del Sr. Sarracín por un impulso de antipatía personal que la diferencia de principios, ni la inquietud bulliciosa del Sr. Romero Robledo, especie de bolido que cruza el espacio de la política española, sin dirección fija, pueden inspirar á la situación gran cuidado. Pero, en cambio, el partido conservador, cuya bilis han removido sus últimos francos contra la opinión pública y que tiene constantemente en sus oídos el eco de los silbidos que han acompañado brutalmente al Sr. Cánovas durante su viaje por provincias, está dispuesto, según resulta de la lectura de sus periódicos, á negar al ministerio liberal, como si tuviera la culpa de tales excesos, el agua, la sal y el fuego.

Yo creo, sin embargo, que la reflexión y la prudencia moderarán oportunamente la sobrestimación patológica y que comprenderá á tiempo que por el camino de la exasperación sistemática no se va á ninguna parte. Y aun hay síntomas de que vuelva, antes de lo que pudiera esperarse, á mejor acuerdo, convencido al fin por experiencia propia y ajena, de que la ira es mala consejera, así como de que se avienen más con el carácter, el procedimiento y los compromisos de los partidos conservadores, el arrebatado de la cólera, la soberbia intrasigente y el escándalo.

(Se continuará).

## Episodio militar

—&gt;—&lt;

EN LA MESA DE MIS PADRES, DONDE SE MUDA UN MANTEL A CADA PLATO

La famosa entrevista de Guayaquil, en 1822, entre los dos grandes guerreros de la Independencia Sud-Americana, había dado por resultado la separación del vencedor de Chacabuco del teatro de sus hazañas, dejando la dirección de la guerra al General Simon Bolívar.

El ejército Argentino que había desembarcado en Pisco y proclamado la independencia del Perú, obedecía las órdenes del ilustre caraqueño. Este, entró en la ciudad de los Reyes, precedido de esa estela de gloria, proclamada á los cuatro vientos del nuevo continente por la trompeta sonora de la fama, cuyo eco había retumbado en los profundos valles y elevados picos de los majestuosos Andes, desde el Orinoco hasta el Rimac, desde el Pichincha al Illimani.

Aquella naturaleza extraordinaria, parecía en medio á las pasiones de la época, haber eclipsado por completo la reputación política y militar del General San Martín, que sus destacadas grandiosas á la par que sencilla en el vasto escenario de la revolución Americana.

El juicio de la posteridad ha pasado ya en imparcial balanza las virtudes de cada uno de estos dos grandes hombres, y ha dado á cada cual su parte.

Bolívar entró, como decíamos, á la capital del Perú, siguió sus huellas los vencedores de Boyacá y de Carabobo.

San Martín tombó disimulo rumbó; no le seguían huestes victoriosas; le acompañaba la serfisción de un deber cumplido.

Necochea, Lavallo, Alvarado, y toda esa fanja de Argentinos que habían recorrido dos mil leguas de triunfo en triunfo, estaban entonces en Lima formando parte del ejército expedicionario del Perú.

La llegada del libertador, produjo un gran júbilo en todos los habitantes, que ya creyeron ver en él al jefe que siempre los últimos restos de las heroicas legiones españolas, que con Valdez, Canterac y otros denodados campeones de la metrópoli, se disponían á hacer la última resistencia en el interior, resistencia que más tarde fué inútil ante el terrible empuje de la caballería patriota en la Pampa de Junin, y el ronco estampido del cañon que anunciaba la redención de un mundo en Ayacucho.

La capital Peruana, pudo decirse que era la Cúspide de la América, la diferencia que enervó el valor y el patriotismo de los soldados de la patria, con aquellas delicias y molicias que hicieron de los vencedores de Cúmas el juguete de Scipion delante de los muros de Cartago.

Banquetes, bailes, fiestas populares, tuvieron lugar en obsequio de la llegada del Libertador.

Este no se hacía de rogir y acedia presuroso á todas las invitaciones, especialmente á los bailes, que era su pasión favorita.

Un acudido lamento, personaje que habla

influido mucho en el rumbo favorable que tomaba la revolución, quiso aminorar el brillo y magnitud al festín de Balcasar, ofreciendo al no menos aristocrático y fantástico al *hombre de la mota*, como se llamaba entonces á Bolívar.

Córdoba, Sucre, Miller y muchos otros jefes notables de Colombia, se encontraban allí, acompañando al jefe Alvarado, Necochea, Lavallo y varios oficiales subalternos representaban al ejército Argentino.

Patróticos discursos, brindis entusiastas, que arrancaban frenéticos aplausos al auditorio, se sucedían sin interrupción.

Lavallo ocupaba un asiento próximo al Libertador, al lado de su amigo y compañero de armas, Necochea. Al hacer un brindis por el triunfo de la noble causa Americana, toca con el codo por rara casualidad, una botella de delicioso licor que de derrama y empieza á deslizarse serpenteando por sobre el blanco mantel.

Una chispa de disgusto brilló en aquel momento en los penetrantes ojos de Bolívar; que fijaron al instante su mirada en el mayor Lavallo, diciéndole con fruncido ceño y áspero lenguaje: «En qué mesa está acostumbrado á comer usted.»

El héroe de Río Hamba, abriendo todo en una rápida mirada, acaso consultó en lo más íntimo de su alma lo que debía responder; y con voz clara y entonación firme contestó: *En la mesa de mis padres, donde se muda un mantel á cada plato*» contestó.

J. M. ESPORA,  
Teniente de Ingenieros del Ejército Argentino.

## Apuntes históricos

—&gt;—&lt;

(Continúa)

Sorprendiendo Rosas la buena fe de los partidos, explotando el horror á la guerra civil, había alcanzado el poder en la Provincia de Buenos Aires.

Prometiendo afirmar la organización de la Nación por medios vigorosos que subordinasen los elementos disidentes, se había investido de facultades extraordinarias.

Exaltando las antipatías de localidad y las divisiones provinciales, había deslizado su dominación á las otras Provincias.

Sembrando recelos y animosidades entre los caudillos, sirviéndose alternativamente de los unos contra los otros, había sido omnipotente sobre todos.

Aporreado de los restos del fanatismo religioso, trajo la religión á que santificara su usurpación.

Sublevando á las masas incultas, satisfaciendo la propensión á la violencia que es una de las dotes de la ignorancia, rompiendo los lazos de la jerarquía social, invirtiendo el uso de la fuerza física que debía sostener la obra de esa larga cadena de decepciones, de esas escandalosas violaciones de todos los pactos de todos los compromisos.

Para mantener á su devoción esas turbas indisciplinadas á las que iba á inutilizar para la vida laboriosa y honesta, debía crear una situación en que el ignorante clasificase al hombre civilizado de salvaje en que la civilización y la riqueza fueran tierra enemiga puesta á tributo de la ignorancia y de la holgazanería, donde el vicio y el delito pudieran dominar á la virtud.

Una situación cuyos eslabones fueran los crímenes, vinculo con que Rosas reemplazó el amor y las nociones del deber.

A pesar de que este plan no se desarrolló sino como se habrá advertido, por una serie de perfiles y de engaños, él debía encontrar inmensas resistencias.—Rosas los combatió por el terror.

El terror de Rosas ha revestido formas terribles, que epilogan y contienen todos sus medios de política y de Gobierno.

El organizó la corrupción, el robo y el asesinato.

Los hombres fueron degollados en el seno de la familia ó en la calle pública.

Los magistrados al pie de la tribuna que ilustraron en otro tiempo, los Representantes del pueblo Argentino; cuando vivimos esa tribuna salvada por la sangre de un anciano, nos pareció ver manchadas todas las viejas glorias de aquella tierra.

La confiscación seguía á la muerte.

El duelo de la familia era acompañado del escarnio y de la mendicidad. Los asesinos despojaban al mismo cadáver de su víctima, y las prendas del muerto, salpicadas en sangre, figuraban en las entradas del tesoro de Buenos Aires.

Los asesinos, los *corta cabezas*, recibían su salario de las arcas públicas, y el pago de estas bestias feroces figuró entre los gastos nacionales.

El degüello—esta horrible ejecución que desrolla tantos gérmenes de ferocidad, que es una degradación de la especie, se elevó á ejecución oficial.

Bandas de degolladores han recorrido las ciudades y los campos.—Durante quince años siempre ha corrido sangre sobre la tierra Argentina.

La familia—esta arc de alianza—se rompió en manos de Rosas.

caballería ligera núm. 2 debe ser enviado á ocupar puntos estratégicos y no, á puntos donde no preste servicio alguno.

Los puntos que necesitan ser ocupados militarmente son, la villa de «Artigas» Departamento de Cerro Largo—ó el «Kincon de las Gallinas» Departamento del Rio Negro.

«Lo comprenderá así el señor Ministro de la Guerra».

Lo veremos.

«El Ejército Uruguayo»—Hacemos presente á este colega que estamos esperando la opinión que solicitamos en un sueldo del núm. 31 de este periódico.

«Agradecemos»—A el colega *El País* de Paysandú, la transcripción que hace del sueldo que publicamos en el número 32, y referente á una reunion verificada por varios señores jefes para efectuar la revision del Cólago Militar.

Hemos visto uno de sus ejércitos persiguiendo no á un ejército, . . . nól persiguiendo única, expresamente, la cabeza de un cadáver!

(Se continuará.)

## Cronica

—&gt;—&lt;

Advertencia

La Administración de este periódico solicita á sus agentes y suscriptores en campaña y en la ciudad, que aun no hayan arreglado sus cuentas, hasta Diciembre del año 1888, se sirvan hacerle á la mayor brevedad posible.

LA ADMINISTRACION.

**Stabilidad Anualera.**—De *La Lucha*—«Una persona que sabe lo que dice, nos asegura, que á pesar de que el presupuesto destina quinientos pesos mensuales para mantención de mulas en la Artillería, estas lucren por su ausencia en el Regimiento, y aun de acá para allá, trabajando en carros particulares, y en obras de particulares, queremos decir, en obras particulares, de quienes no lo son.

Una parte de esas mulas que debían estar gordas y lucientes, y prontas siempre para conducir briosamente nuestros cañones donde fuese necesario, se halla en poder de un coronel y conducen carga para el palacio que construye otro coronel en el Cordón. Las demás están repartidas entre un caballero, que lleva el nombre de un baritono Oriental y cierta barraca privilegiada. En la Artillería apenas hay algunas.

Estos manejos tienen una doble utilidad para quien los hace: lo de que no hay necesidad de gastar los quinientos mensuales, y se puede sacar alguna utilidad más del préstamo de las mulas, tal como de algunas conducciones gratis, etc.»

¿Será por esto que el Regimiento de Artillería de campaña núm. 1 no se le ve más allá?

Alguien nos dice que sí.

El señor teniente de Navio don Agustín del Castillo.—Por los telegramas recibidos, nuestros lectores tienen ya conocimiento de la repentina muerte de este distinguido oficial de la armada Argentina.

Castillo, fué uno de los mejores alumnos de la primera escuela naval, y cuando el gobierno lo nombró segundo comandante de la misma, proyectó y llevó á cabo importantes reformas en dicho establecimiento.

De un espíritu esencialmente reformista, su estadía en Europa, siendo ya oficial, le habilitó á su vuelta para aplicar un cúmulo de conocimientos útiles, no solo contrayéndose á la escuela sino haciéndose el paladín del Centro Naval, importante asociación de la marina Argentina que, debido á su inteligencia y esfuerzo, hoy deja sentir en la escuadra su saludable influencia.

Escribió también en la prensa diaria muchos artículos sobre los ramos diversos de la carrera y especialmente sobre administración naval que no carecían de originalidad, artículos de utilidad positiva porque eran de sencilla aplicación en aquella marina donde hay que vencer, con energía, prácticas añejas que relajan la buena disciplina de una marina militar.

Últimamente, el Instituto Geográfico Argentino, le encomendó una misión honrosa y de muchísima importancia, para la Geografía nacional. Durante su larga permanencia en las nacientes del río Gallegos y Santa Cruz—año y medio—se ejerció en su programa, y en breve debía dar una conferencia en el Instituto, en la que reseñaría sus trabajos y los presentaría á la sociedad para ser incorporados á la geografía nacional.

El teniente de navio del Castillo muere como todos los que por su paso en la tierra dejaron algo útil y duradero y en el corazón de sus compañeros, deján el recuerdo de sus bellas cualidades y de sus altas dotes intelectuales.

Sus desposos fueron velados en el Centro Naval.

Paz en su tumba!

**Una indicación.**—En vista de la nota pasada por el señor Ministro de la Guerra al señor coronel don Pablo Galarza, aprovechamos la ocasión para hacer presente que, el regimiento de

caballería ligera núm. 2 debe ser enviado á ocupar puntos estratégicos y no, á puntos donde no preste servicio alguno.

Los puntos que necesitan ser ocupados militarmente son, la villa de «Artigas» Departamento de Cerro Largo—ó el «Kincon de las Gallinas» Departamento del Rio Negro.

«Lo comprenderá así el señor Ministro de la Guerra».

Lo veremos.

«El Ejército Uruguayo»—Hacemos presente á este colega que estamos esperando la opinión que solicitamos en un sueldo del núm. 31 de este periódico.

«Agradecemos»—A el colega *El País* de Paysandú, la transcripción que hace del sueldo que publicamos en el número 32, y referente á una reunion verificada por varios señores jefes para efectuar la revision del Cólago Militar.

Hemos visto uno de sus ejércitos persiguiendo no á un ejército, . . . nól persiguiendo única, expresamente, la cabeza de un cadáver!

«Lo comprenderá así el señor Ministro de la Guerra».

Lo veremos.

«El Ejército Uruguayo»—Hacemos presente á este colega que estamos esperando la opinión que solicitamos en un sueldo del núm. 31 de este periódico.

«Agradecemos»—A el colega *El País* de Paysandú, la transcripción que hace del sueldo que publicamos en el número 32, y referente á una reunion verificada por varios señores jefes para efectuar la revision del Cólago Militar.

Hemos visto uno de sus ejércitos persiguiendo no á un ejército, . . . nól persiguiendo única, expresamente, la cabeza de un cadáver!

«Lo comprenderá así el señor Ministro de la Guerra».

Lo veremos.

«El Ejército Uruguayo»—Hacemos presente á este colega que estamos esperando la opinión que solicitamos en un sueldo del núm. 31 de este periódico.

«Agradecemos»—A el colega *El País* de Paysandú, la transcripción que hace del sueldo que publicamos en el número 32, y referente á una reunion verificada por varios señores jefes para efectuar la revision del Cólago Militar.

Hemos visto uno de sus ejércitos persiguiendo no á un ejército, . . . nól persiguiendo única, expresamente, la cabeza de un cadáver!

«Lo comprenderá así el señor Ministro de la Guerra».

Lo veremos.

«El Ejército Uruguayo»—Hacemos presente á este colega que estamos esperando la opinión que solicitamos en un sueldo del núm. 31 de este periódico.

«Agradecemos»—A el colega *El País* de Paysandú, la transcripción que hace del sueldo que publicamos en el número 32, y referente á una reunion verificada por varios señores jefes para efectuar la revision del Cólago Militar.

Hemos visto uno de sus ejércitos persiguiendo no á un ejército, . . . nól persiguiendo única, expresamente, la cabeza de un cadáver!

«Lo comprenderá así el



